

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 87.

a. 1.º Athenagoras, Leg., cap. f-iii; Justin, Apol., I, 7; Tertuliano, Apol., cap. ii, vii.—2.º Tertuliano, loc. cit., cap. xxx, xxxiii, xxxv y sig., xlii; ad Scap., cap. iii; Justino, loc. cit., cap. xvii; Taciano, Or., cap. iv; Teófilo, ad Aut., I, 11; Atenág., Leg., cap. xxxvii; Orígenes, Contra Cels., III, 7, 8. Cuando la ley escrita, dice Orígenes, loc. cit., xxxvii, 40, no contradice a la ley de Dios, es preciso observarla; pero no cuando la ley humana y exterior contradice a la ley interior y natural. La ley suprema para nosotros no es la de cada Estado, sino la divina. Para defender la verdad, es lícito también obrar en contra de leyes injustas.

3.º Atenágoras, cap. iii, xxxv; Minucio Félix, cap. xvi, xxx; Tertuliano, Apol., cap. i, vi, vii; 4.º Orig., loc. cit., I, v, xxiii; VIII, ix-xii; Justin., Apol., I, n. 6, 9; Teófilo, I, I et seq.; Atenágoras, c. iv, x; Tertul., Apol., cap. xxi et seq.; 10 et seq.; Minucio Félix, cap. xxiii; 5.º Atenágoras, cap. xxxiii; Justino, I, 14 et seq.; Taciano, Or., cap. xxii; Orig., Contra Cels., præf.; Tertul., Apol., cap. ix, xxxvii; ad Scap., c. iv; Minucio Félix, c. xxxi; Teófilo, III, 15.—6.º Tertul., Apol., cap. ix, Minucio Félix, cap. xxx, xxxi; Atenágoras, cap. xxxv; Teófilo, loc. cit.—7.º Orígenes, loc. cit., I, 7, contra le καὶ τοὺς ἄγγελοι.—8.º Justino, Cohort., cap. xxxviii; Apol., I, 20, 44, 54; Teófilo, III, 19 et seq., 33-36; Taciano, cap. xxx; Tertul., Apol., cap. xix; Lactancio, Div. Inst., IV, 15; Neander, I, p. 96 y sig.; Besançon, de l'Emploi que les Pères de l'Eglise ont fait des oracles sibyl., Paris, 1851.—9.º Tertul., Apol., cap. xi, xii; Justino, Apol., II, 7.

88. No contentos con mantenerse á la defensiva ni con rechazar injustas reconvenções, los apologistas se convierten en acusadores del paganismo. Ponen de manifiesto la vanidad, la culpabilidad y locura del culto idolátrico, la inmoralidad de los cultos paganos en general, la apoteosis decretada á los vicios por la mitología, la crueldad y barbarie de los sacrificios humanos, el espíritu entenebrecido por el pecado, los principios satánicos que informaban la doctrina y la vida de los paganos, la injusticia de los edictos fulminados contra los cristianos, la violación de todas las formas jurídicas en el procedimiento de los tribunales, las contradicciones que se encuentran así en la legislación como en la filosofía pagana. Citan al mismo tiempo pruebas positivas en favor del origen divino del Cristianismo y de la necesidad de abrazarlo. Estas pruebas son: 1.º El carácter divino de su Fundador, que ofrece el más perfecto modelo á la humanidad: espira sobre un patíbulo infame, y esto acrecienta su gloria, y tal es la eficacia de su muerte, que quita á sus discípulos el temor de semejante mal. Ha sido anunciado en el Antiguo Testamento, y ha realizado todas las predicciones; conocía lo porvenir, y ha probado con sus milagros que era el Señor de la Creación. 2.º La transformación completa que ha obrado en sus Apóstoles, y los milagros que éstos han hecho, así como los fieles discípulos que han con-

quistado para Él sin ningun auxilio humano. 3.º Las enseñanzas é instituciones del Cristianismo, que aventajan infinitamente á todas las del antiguo mundo, y nada ofrecen que no sea digno del Dios Supremo, que se adaptan, en fin, á todas las necesidades del espíritu y del corazón, á todas las condiciones, y no están mezcladas con error alguno. 4.º Los efectos de la Religión cristiana, que transforman, regeneran y ennoblecen, ya por razon del conocimiento, ya por el lado de la vida práctica, á los individuos y á la humanidad entera.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 88.

b. Justin., Apol., I, 9; II, 10; Taciano, Herm., Arnobio (passim).—c. z. Orígenes, Contra Cels., I, 30 et seq.; 66 et seq.; II, 9, 25, 48 et seq., 51, 68 et seq.; Justino, Apol., I, 30 et seq.; Dial., cap. xlviii et seq., lxxix et seq.; Atenágoras, cap. ix.—6. Orígenes, loc. cit., I, 62 et seq.; II, 15.—7. Atenágoras, cap. vi; Minucio Félix, cap. xxxiv; Justino, Apol., I, 5; Teófilo, III, 5 et seq.—8. Orígenes, loc. cit., I, 26 et seq.; III, 29.

§ 4.º Propagacion del Cristianismo en las diversas comarcas.

89. Es verdaderamente grandioso el espectáculo que ofrece el Cristianismo propagándose en las tres partes de la tierra, entre los pueblos más diversos, siendo abrazado por grandes y pequeños, por sabios é ignorantes y haciendo desde el I al iv siglo progresos cada día más rápidos en el seno mismo de las persecuciones. Esta universal y admirable difusión se halla expresamente atestiguada, no sólo por los antiguos autores eclesiásticos, sino tambien por sus adversarios los paganos. Está igualmente confirmada por el cuadro de las persecuciones hasta Diocleciano, por la historia de las sectas y herejías que pulularon entónces, y por considerable número de Obispos cuya sucesion se ha conservado para cada país en los más antiguos documentos, si bien no poseemos el catálogo completo. Desde las principales ciudades, tales como Roma, Antioquia, Éfeso y Alejandria, el Cristianismo se trasplantó á otras ménos populosas, y pronto derramáronse por las poblaciones rurales comunidades cristianas. Como los cristianos de toda clase desempeñaban sin ruido ni tumulto su oficio de misioneros, es muy natural que sean poco conocidos los nombres de los antiguos predicadores de la fe, y que no tengamos sino incompletas noticias de sus trabajos. La palabra de salud era derramada en el Imperio y fuera de él por los soldados y prisioneros, especialmente en tiempo de guerra. Comunidades cristianas se establecieron casi simultáneamente en multitud de regiones, sin que conozcamos sus orígenes.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 80.

La propagación del Evangelio en todas las clases de la sociedad y en todos los pueblos, en las ciudades y campos, en el palacio como en la choza, está descrita según los Coloss., 1, por Justin., Dial., cap. cxxvii; Clemente de Roma, 1 Cor., cap. v.; sobre todo por Ireneo, I, x, 1; Tertul., Apol., cap. 1, 37; Adv. Jud., cap. vii; Orígenes, De princ., IV, 1; Contra Cels., III, 9, 24; Lactanc., De morte persec., cap. ii; Inst., IV, 26; V, 12; Arnob. Contr. gent., II, 7; Hier., Ep. xxxv ad Heliód.; Ep. lxxii ad Læt.; Teod., Gr. affect. cur., lib. X (Migne, t. LXXXIII, p. 1037). Celso dice que los cristianos, que eran poco numerosos al principio, se habían multiplicado prodigiosamente después, *ἡ πόλις ἠπαύθη* (Orig., Contr. Cels., III, 10); Luciano, De morte peregr., cap. xii, xiii. — Alex., Ps. proph., cap. xxv, supone también que son numerosos. Plinio, lib. X, ep. xcvi: «Neque enim civitates tantum, sed vicus etiam atque agros superstitionis istius contagio pervagata est.» Hay también comunidades rurales citadas por Clemente de Roma, I, cap. xlii; Justin., Apol., II; Orig., loc. cit., cap. ii. Tenían casi todas al frente *ἐπιτρόποι* *πρεσβύτεροι*, Conc. Neocas., cap. xiii.

Italia.

90. No hay duda de que las iglesias de Italia nacieron de la de Roma. La mayor parte de ellas conservan tradiciones que se remontan hasta el tiempo de los Apóstoles. En el año 251 vemos 60 Obispos reunidos en Roma. Aureliano no ignoraba que existían muchos Obispos en Italia. En el de 314 se indican los nombres de los de Aquilea, Cápua y Siracusa. La Iglesia de Rávena se gloria de haber tenido por primer Obispo a San Apolinar, discípulo de San Pedro; la de Milan a Bernabé y Anatholon; la de Luca a San Paulino; la de Físcole a Rómulo; la de Bari a Mauro, y la de Bolonia a San Zamas.

Las Iglesias de Nápoles, Benevento, Palermo, Pisa, Verona y Pádua, etc., se remontan ciertamente a la más alta antigüedad. Las islas de Cerdeña y Córcega reunidas en una sola provincia recibieron la luz del Evangelio de cristianos desterrados, si bien la mayoría de esta población grosera resistió a ella. En el iv siglo, Cagliari llegó a ser residencia de un Obispo.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 90.

Ughelli, Italia sacra, ed. II, Venec., 1717, in fol.; Selvaggio (A. 16, 6), lib. I, cap. v-vii; t. I, p. 86 et seq., ed. Mog., 1787; Lami, Delic. erudit., t. VIII; Praef., p. 25 et seq., t. XI, praef. Concil. de 250, Euseb. VI, 43; Cypr., Ep. lxi; de 314, Eusebio, X, 5; Aureliano, Eusebio, VII, 30.

Grecia, Macedonia y Tracia.

91. En Grecia también y en las islas griegas hallamos numerosos cristianos y florecientes iglesias. Conocemos Obispos de Aténas (Dionisio, el mártir Publio, Cuadrato), de Corinto (Dionisio, en el II siglo), de Egina, y en Creta Filipo de Gortina y Pynito, de Gnosa. En Macedonia tenemos la iglesia de Tesalónica, de la cual Cayo debió ser el primer Obispo¹, las de Filipos y Beree; en Tesalia la de Larisa. Al Sur de Macedonia Tracia poseía las sillas episcopales de Develto, Anchialo, Heraclea, Filipópolis, y después la de Bizancio, probablemente antes de terminar el tercer siglo.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 91.

Dionys. Cor., ap. Euseb. IV, 23. Cf. *ibid.*, cap. xxi, xxv; Origen., In Rom., xvi, 23. (Migne, t. XIV, p. 1289); Euseb. V, 19; Const., ap. VII, 46; Le Quien, Or. christ., t. II, p. 3 et seq.; t. I, p. 1091 et seq. Los catálogos acreditados de Bizancio comienzan por Metrofanos bajo Constantino I. Véase mi obra *Photius*, I, p. 5-7.

92. Enfrente de la nueva Bizancio, del lado del Asia, estaba situada Bitinia, con Nicomedia por capital, cuyo Obispo Anthimo fué martirizado en 303. Calcedonia, Nicea, Cesárea, Prusa, Apolonia, tuvieron también probablemente desde los primeros tiempos sillas episcopales, y en el reinado de Trajano el número de los cristianos parecía ya inquietar a los gentiles. Gangres era la principal iglesia de la ruda Paflagonia, donde las ciudades eran raras, y Ancira la principal de Galacia, situada hacia el Sur. Capadocia veía florecer la iglesia de Cesárea (Mazaca), dirigida el año 233 por el Obispo Firmiliano. Amasia, en el Ponto (Hespono), tenía por Obispo en 240 a Fédimo, que instituyó Obispo de Neocesárea a Gregorio el Taumaturgo, discípulo de Orígenes. Gregorio, al llegar a Cesárea, no había encontrado allí sino 17 cristianos, y al morir sólo dejó 17 paganos. Había también trabajado en esparcir el Cristianismo por toda aquella comarca. Estableció en Comana al Obispo Alejandro. Amastris, que formaba también parte del Ponto (y después de la Paflagonia), poseía a fines del II siglo un Obispo llamado Palma. Sinope y Sobaste en la pequeña Armenia, Tyana y Melitena eran asimismo sillas episcopales. Las ciudades del Exarcado del Ponto, fundadas la mayor parte por los romanos, tenían también numerosa población cristiana.

¹ Es citado en Rom., xvi, 23; 1 Cor., I, 14.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 92.

Euseb. IV, 23; VI, 30; VII, 14; Gregor. de Nis., Vita S. Greg. Thaum., esp. vii et seq. (Gallandi, III, 439 et seq.); Le Quien, Oriens christ., I, p. 308 et seq.

93. En la provincia romana de Asia, tan ricamente dotada por la naturaleza y por las artes, Éfeso «ojo del Asia,» era una de las iglesias madres de la cristiandad, y había sido ilustrada por los trabajos de los Apóstoles. Eran igualmente célebres las de Smirna, Pérgamo, Sardes, Thyatira, Tralles, Magnesia, Filadelfia y Cyzico; en Frigia las de Hierápolis (Papias, Apolinario), de Laodicea (Sagaris), de Sinnada y Eumonia; en Panfilia la de Syda; en Licaonia las de Iconio y Laranda; en Licia las de Patara, Olimpo y Mira. La actividad de la vida religiosa se juntaba con un comercio muy floreciente, y nuevo ardor animó á la vida civil, aunque no fué de larga duracion; la lengua y las costumbres griegas habian sustituido á la lengua y costumbres antiguas. En Cilicia, la antigua villa de Tarso era la metrópoli. Flaviópolis tenia un Obispo. Seleucia, en Isauria, era una Iglesia importante; lo mismo Salamina en la isla de Chipre.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 93.

Los detalles en Eusebio, III, 36; IV, 26; V, 24; VI, 19; VII, 28; Le Quien, Oriens christ., I, p. 663 et seq.

94. La principal iglesia de Siria hallábase en la famosa Antioquía, la primera ciudad de Oriente. Evodio, instituido por Pedro, tuvo por sucesor al mártir Ignacio; hasta el año 318, 20 Obispos ocuparon sucesivamente la silla de esta ilustre iglesia. Había tambien florecientes comunidades en Berea, Seleucia, Apamea, Samosata y Cira. En Edesa, ciudad de la Osrhoena, un príncipe cristiano llamado Abgar-Bar-Manu, reinó, diócese, de 160 á 170. En el de 228 había allí una magnífica iglesia, en sustitucion de otra destruida en 202. Mesopotamia tenia las iglesias de Amida, Cascar y Nisibe. Entre los caldeos la iglesia de Seleucia, sobre el Tigris, tenia por jefe á Maris, discípulo del apóstol Tadeo. Esta iglesia era la metrópoli del imperio parto-pérsico (Seleucia-Ctesifonte). Las costumbres bárbaras del pueblo, y especialmente la poligamia y el incesto, cesaron al poco tiempo para abrir paso á más severa disciplina. En 251, Dionisio de Alejandria escribió á los cristianos de la Armenia romana sobre la penitencia. Arabia en el tercer siglo tenia un obispado en Bostra, donde se celebraron en esta época reuniones de Obispos. Un general (emir ó gobernador de la parte romana de este país) mostró deseos de ser instruido en la Religión cristiana por el sabio Orígenes.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 94.

Le Quien, t. II, p. 669 y sig.; Patr. Antioch., Iglesia de Tiro, Euseb., V, 25; X, 4; Ptolemaida, ibid., V, 25; Tripoli, Const. ap., VII, 46; Edesa, Chron. Edess., ap. Assemani, Bibl. or., I, p. 391; Bardesan., ap. Euseb., Praep. ev., VI, 10; Migne, t. XXI, p. 477; Dionysius, ap. Euseb., VI, 46; Orígenes en Arabia y obispado de Bostra, Euseb., VI, 19, 33.

95. Fenicia poseía iglesias florecientes en Tiro, y luégo en Sidon, Ptolemaida, Beryto, Byblos y Tripoli. En Palestina, Jerusalem, con sus Obispos convertidos del paganismo, tuvo poca importancia desde el emperador Adriano, pero la Iglesia de Cesárea, en Palestina (Cesárea de Straton), la tuvo mucho mayor como metrópoli. En el siglo tercero poseía una sábia escuela y muchos Obispos notables. Gaza tuvo tambien su iglesia episcopal.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 95.

Le Quien, Oriens christ., t. II, p. 801 et seq.; t. III, Patr. Hieros.

96. El centro religioso de Egipto era Alejandria, desde donde el Cristianismo se extendió progresivamente; en el primer siglo hallamos sillars episcopales en Pelusium, Thmuis, Arsinoe, Nilópolis, Lycópolis, y Hermópolis en la Tebaida; en Berenice, ciudad de la Pentápolis de Libia; y no debian ser los únicos, á juzgar por el gran número de los que allí se ven desde el cuarto siglo. La Iglesia de Alejandria, fundada por San Márcos, era rica y próspera, y el número de conversiones iba siempre en aumento á pesar de que los paganos y judíos perseguian á los cristianos con raro encarnizamiento. Los Pastores celosos abundaban allí, y la escuela catequística obtenia grande éxito. Tolemaida y Cirene, dos ciudades considerables, contaban igualmente numerosa poblacion cristiana.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 96.

Le Quien, II, p. 329 et seq.; Patr. Alex., cf. Euseb., VI, 40, 42, 46; VII, 10, II, 26; VIII, 13. Hacia el 369, Atanas., Ep. ad Afros. ep., n. 10 (Migne, t. XXVI, p. 1043), cita noventa Obispos egipcios.

97. El Africa proconsular, con la Numidia y la Mauritania, tenia por principal Iglesia á la brillante Cartago, que rivalizaba en esplendor con Alejandria. El Cristianismo llegó allí desde Roma, y se derramó rápidamente por el interior del país hasta la Numidia y la Mauritania, pobladas por tribus impetuosas y despreciadoras de la muerte. El año 202

Tertuliano podía ya hablar de la cifra preponderante de los cristianos en las ciudades de África. En 256 vemos reunidos en Cartago, primero setenta y un Obispos, y después ochenta y siete, de los cuales unos tenían sus sillas en las grandes ciudades, otros en pequeñas aldeas. Anteriormente 90 Obispos se habían reunido en Lambesa (Numidia).

OBRAS DE CONSULTA SOBRE EL NÚMERO 97.

Morcelli, *Africa christiana*, Brix., 1816; Münter, *Primordia Ecclesiae africanae*, Hañ., 1829; De Rossi, *De christ. titul. Carthag.*, in *Spicil. Solesm.*, IV, 1858; *Synodi Cypr.* 256; Routh, *Rel. sacr.*, III, 88-107, ex Aug., *De bapt. contra Donat.*, lib. VI, VII; *Cypr.*, Ep. LV ad Cornel.

España.

98. España, dividida por los romanos en tres provincias (Tarracense, Bética y Lusitania), donde abundaban las colonias, había abrazado desde el tiempo de los Apóstoles el Cristianismo, el cual no había cesado de hacer progresos allí. Las ciudades que el genio romano había marcado con su sello se convierten desde un principio en sillas episcopales, como Leon (Legio), Zaragoza (César-Augusta), Mérida (Emerita Augusta), Tarragona. En 305 ó 306, hallamos diez y nueve Obispos españoles en el Sínodo de Elvira celebrado á causa de la persecucion contra los cristianos, durante la cual España contó numerosos mártires, y también apóstatas.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 98.

Cypr., Ep. LXVII; Conc. Eliber.; véase Héféle, *Concil.*, I, 122 y sig.; Fabricius, *Salutaris lux evang.*, c. xvi, p. 475 et seq.; Florez (A. 33, a); Gams, *K.-G. Span.*, *Regensb.*, 1802 y sig., t. I. La leyenda conservada en la liturgia española de que San Pedro y San Pablo enviaron á España á Torcuato y á otros seis misioneros de la fe está todavía en tela de juicio. Se ha negado la inscripcion del tiempo de Neron, defendida por Walch e impugnada por Muratori (*Gruter. Thes. inscript.*, n. 9, p. 238). La tradicion que pretende que el Apóstol Santiago el Mayor predicó allí el Evangelio ha sido combatida con frecuencia (véase *Acta sanct.*, t. I, april.; *Diatr.*, t. VI; Jul., *Append.*; Fabricius, loc. cit.; *Natalis Alex.*, *Saec. I. diss.* xv, prop. 2. Cf. Baronius, an. 816, n. 49 et seq.). Se cree, sin embargo, que el cuerpo del Apóstol fué transportado á Compostela; *Notker Balbul.*, *Martyrol.*, ad d. 25 Julii.

La Galia.

99. En el lado allá de los Pirineos, en la Galia sometida por Julio César despues de laboriosos combates, la fe cristiana se había espar-

cido desde el Asia Menor y Roma. Las Iglesias de Lyon y Viena, durante la persecucion de Marco Aurelio, estaban perfectamente organizadas, y contaban numerosa poblacion. Hacia la mitad del siglo tercero, el Papa Fabian hubo de instituir Obispos en Paris, Narbona, Tolosa, Clermont, Tours, Limoges y Arlés. San Cipriano menciona un Obispo de esta última ciudad, donde se reunieron en 314 otros muchos, y especialmente los de Arlés, Lyon, Autun y Reims.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 99.

Euseb., V, 1 et seq.; Greg. de Tours, *Hist. Fran.*, I, 28. Tert., *Adv. Jud.*, cap. i; *Cyprian.*, Ep. LXVIII sobre Marciano de Arlés; Conc. Arclat., ap. Routh, *Rel. sacr.*, IV, p. 89-95. El texto II Tim., cap. iii, lo trae tambien el *Codex Sinaiticus*; *Κόρινθος εις Γαλιαν*, y por Euseb. III, 4; *Chron. Pasch.*, *Olymp.*, 220; Hier., *Cat.*, *Theod.*, in h. l. (Migne, t. LXXXII, p. 853); *Martyrol. rom.*, 27 jun.; de aqui procede que muchos coloquen á Crescencio (primer obispo nombrado de Magrancia, entre los antiguos Apóstoles de la Galia. Friedrich, I, p. 80, 167 y sig. Se citan siete discipulos que habrian sido enviados por los Apóstoles á la Galia y pais del Rhin (Gallia christ. in provinciis aecl. distributa, Paris, 1715 et seq.; nov. ed., 1858 et seq., cura Piolin, O. S. B., Paris, 1871). Las inscripciones cristianas de la Galia han sido recogidas por Le Blant (A. 16, 3); P. de Marca, *Diss. de tempore, quo primum in Gallia suscepta est Chr. fides* (post. op. de concord. Sac. et Imp., Francfort, 1708, p. 415). Véanse las numerosas obras citadas en Møhler-Gams, I, 191-196, donde se hallan igualmente indicadas las obras especiales sobre las Iglesias de Tolosa, Viena, Arlés, etc.

Bretaña.

100. En la remota Bretaña, sabemos por Tertuliano que existian comunidades cristianas no solamente en la parte sujeta á los romanos bajo el emperador Claudio, sino tambien en la que había permanecido libre. Algunos señalan á estas comunidades origen apostólico, mientras que, segun el venerable Beda, el Papa Eleuterio envió en el segundo siglo misioneros de la fe á Inglaterra á petición del rey Lúcio. San Albano y otros cristianos fueron martirizados durante la décima persecucion. En 314 se hallaban en Arlés Obispos de York, Lóndres y Lincoln.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 100.

Tertuliano, *Adv. Jud.*, cap. vii: «*Britannorum inaccessa Romanis loca, Christo vero subdita.*» Origenes apostólicos, en Euseb., *Dem. ev.*, III, 7; *Theod.*, *Therapeut.*, lib. IX (Migne, t. LXXXIII, p. 1037); *Martyrol. rom.*, 15 mart. (Aristóbulo, *Rom.*, xvi, 10), y muchos documentos sirios (Didascal. apost., ap. W. Cureton et Wright, *Ancient Syriac Documents*, Lond., 1864, p. 33); Beda Ven., *Hist. aecl. gent. Angl.*, I, 4, 6, 7.